

## TIPOS DE SOCIEDAD Y DE CONTROL SOCIAL: ABORDAJES DESDE LA LITERATURA Y LAS CIENCIAS DE LOS SIGLOS XIX Y XX

### TIPOS DE SOCIEDADE E DE CONTROLE SOCIAL: ABORDAGENS DESDE A LITERATURA E AS CIÊNCIAS DOS SÉCULOS XIX E XX

Nancy Cardinaux\*

**RESUMEN:** Uno de los temas recurrentes de las ciencias sociales ha sido el modo en que los diferentes tipos de sociedad establecen reglas y mecanismos de control de sus miembros. Las sociedades actuales, profundamente impactadas por el cambio tecnológico que habilita y cobija nuevas maneras de relaciones sociales, han propiciado teorizaciones diversas sobre este tópico. Este artículo tiene como objetivo principal abreviar en teorías que fueron desarrolladas durante la segunda mitad del siglo pasado y que han dejado una huella sobre las aproximaciones actuales, que muchas veces olvidan referenciarlas. Este recorrido en reversa comienza con una breve aproximación a algunos personajes de uno de los novelistas canónicos del Siglo XIX, Fiódor Dostoievski- que se debaten en torno a las reglas y el control social.

**PALABRAS CLAVE:** Control social. Culpa. Vergüenza. Ansiedad.

**RESUMO:** Um dos temas recorrentes das ciências sociais tem sido o modo pelo qual os diferentes tipos de sociedade estabelecem regras e mecanismos de controle de seus membros. As sociedades atuais, profundamente impactadas pelas mudanças tecnológicas que habilitam e abrigam novas formas de relações sociais, tem propiciado teorizações diversas sobre este tópico. Este artigo tem como objetivo principal explorar teorias que foram desenvolvidas durante a segunda metade do século passado e que deixaram uma marca sobre as aproximações atuais, que muitas vezes são esquecidas. Este passeio às avessas começa com uma breve abordagem de alguns personagens de um dos romancistas canônicos do século XIX, Fiódor Dostoiévski, que debatem sobre regras e controle social.

**PALAVRAS-CHAVE:** Controle social. Culpa. Vergonha. Ansiedade.

**SUMÁRIO:** 1 Imágenes aproximativas de universos distintos. 2. El control social en distintos tipos de sociedades. 2.1. Comunidades tradicionales y sociedades modernas. 2.2 Los tipos de control de comunidades y sociedades. 3. A modo de cierre: el control social en las sociedades actuales. Referencias

## 1 IMÁGENES APROXIMATIVAS DE UNIVERSOS DISTINTOS

Aliosha, hermano menor y costado angélico de los Karámasov, no tiene dudas. Él cree en dios y su dios, a cambio, le regala un código moral y se ocupa infatigablemente de castigar su desobediencia. Y nada escapa a la mirada divina. ¿En qué oscuro escondrijo podría ocultar el alma humana un pecado a ese mismo dios agustiniano que tiene contados hasta el número de los cabellos de cada una de sus criaturas? Tanto avasallamiento de la intimidad de hasta el más recóndito pensamiento sólo puede soportarse cuando viene acompañado de una infinita bondad. Porque si bien una vez cometida la falta el castigo llegará, inexorable, también se ofrecerá la posibilidad de expiar el pecado. La redención es salvífica. El dios de Aliosha nunca niega el

\* Nancy Cardinaux es abogada, especialista en Sociología Jurídica y doctora de la UBA. Es investigadora independiente del CONICET, profesora titular regular de la UBA y profesora titular ordinaria de la Universidad Nacional de La Plata.

perdón al arrepentido pecador; únicamente es inflexible cuando de la fe en su existencia se trata. Pero Aliosha cree, y esa certeza es el primer paso que traza el rumbo a seguir. El resto del camino aparentemente ya no puede sorprenderlo con bifurcaciones misteriosas. Ante la incertidumbre, bastará con escrutar los designios divinos. El omnipresente Gran Inquisidor sabía que “el secreto de la existencia humana consiste no sólo en vivir, sino en hallar el motivo para vivir”<sup>1</sup>. La paz, la seguridad de Aliosha sólo pueden devenir del encuentro de ese motivo. Él cree y esa ha sido su única y vital decisión. Decisión que encierra y comprende todas sus derivas.

El mundo de Iván Karámasov, en cambio, no es tan rotundo. Él ha transgredido el cálido refugio de la fe que protege a su hermano. Y ahora está parado en el umbral de la duda irresoluble. Duda que es sólo la antesala de la culpa. Si dios no existe, “todo está permitido”<sup>2</sup>. Pero el correcto razonamiento lógico se le antoja humanamente incorrecto. La culpa lo acosa, aún cuando él no quiera reconocerla. Poco importa que no haya sido su mano sino la de su hermano ilegítimo y sombra lacayuna la que ejecutó el crimen. Porque fue él con su negación de dios quien pergeñó la justificación, abriendo el camino del infame parricidio. Smérdiakov y él han desencadenado la tragedia. No sólo esa exterior tragedia de sangre, acusaciones y muerte, sino también esa otra de dolor punzante y contenidos alaridos.

La caída de Iván en la incertidumbre es su hora más amarga. Todos los pesares humanos aparecen fútiles si los cotejamos con su reclamo desesperado por una ley moral que le permita discernir el bien del mal. Iván está transitando, con la única compañía del espanto de sí mismo, un camino que parece no tener horizonte. A sus espaldas quedó la fe en dios y por delante nada se avizora. Él se ha arrojado a la duda. “Nada más atrayente para el hombre que el libre albedrío, pero también nada más doloroso”<sup>3</sup>. El libre albedrío siempre va de la mano de la duda. Y no hay duda más seductora que la forjada por las criaturas dostoiésvskianas. Hay cierta magia en Aliosha, pero un secreto encantamiento nos atrae hacia las turbulencias del agobiado Iván. ¿Se deberá acaso a que es el más visceralmente humano de esta tortuosa familia? Es posible que así sea.

<sup>1</sup> DOSTOIEVSKI, Fiódor. *Los hermanos Karámasov*. México; Porrúa, 1986. p. 166.

<sup>2</sup> Ibid. p. 173

<sup>3</sup> Ibid, p. 166.

En este espacio desencantado, podemos ser ángeles como Aliosha o demonios como el viejo Karámasov, pero seguramente en algún momento todos somos Iván. Los somos en aquel instante en que comulgamos con él en su grito desgarrador que alguna vez se gestó en pregunta: si dios no existe, ¿acaso todo está permitido?, ¿habrá algo o alguien capaz de señalarnos qué está permitido y qué no lo está? Lo que Iván no puede soportar y trata de disimular con el pesado velo de su ironía absurda es esa terrible sensación de que no existe respuesta a tal pregunta. Pero una vez formulada, también sabe que ya no podrá renunciar a la pregunta. Ese es su sino. A expensas de las tendencias anarquistas del gran demiurgo ruso, no podemos olvidar la advertencia que nos legaba el Gran Inquisidor -creado o recreado por Iván-, cuando nos decía que “para el hombre libre no existe preocupación más atormentadora que la de saber a quién debe obediencia”<sup>4</sup>.

El interrogante de Iván obsesiona también a otros personajes nacidos de la pluma de Dostoievski. Si nos trasladamos a un oscuro rincón de un monasterio enclavado en algún paraje de la vieja Rusia, nos será dado escuchar la acongojada confesión de Nikolái Stávroguin:

aunque, en mi fuero interno me sentía un canalla, no me avergonzaba de ello y en general me atormentaba poco. Entonces... por primera vez en mi vida formulé para mis adentros la idea de que no conozco ni siento el bien y el mal, y no se trata sólo de haber perdido la sensibilidad para ello, sino, además, de que ni el bien ni el mal existen, me dije que yo podía liberarme de todo prejuicio, pero que si alcanzaba tal libertad, era hombre perdido<sup>5</sup>.

Stávroguin tiene ante sí el mismo largo derrotero de angustias que Iván Karámasov. El horizonte amenazante también es el mismo, pero quizás la tormenta esté comenzando a desvanecerse. La búsqueda interna de una regla moral ya se atisba. Stávroguin se ha liberado de la mirada de dios. Y aunque su liberación lo ha dejado prisionero de una libertad que no le da respuesta alguna a la urgencia de su interrogante, él se siente un canalla y ese es el principio de su salvación. Ha intuido la existencia de su conciencia. Lo que aún no sabe es que pagará ese hallazgo con su propia vida. Está destinado a ser alcanzado por la profecía de Schiller: “¡Ay del que a la verdad llega mediante la culpa!”<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Ibid. p. 4.

<sup>5</sup> DOSTOIEVSKI, Fiódor. Crimen y castigo. Buenos Aires: Hyspamérica, 1982. Tomo II, p. 566

<sup>6</sup> Verso de Schiller con el que Dostoievski inicia Los Hermanos Karámasov.

También Ráskolnikov ha matado a dios y se ha quedado a solas con su crimen. Podemos oír sus pasos atormentados retumbando sobre las calles hostiles de una ciudad sombría. Busca una señal, un indicio que le permita distinguir el bien del mal. Pero la señal es esquiva, el indicio se oculta. Él ha decretado que dios no existe y, aunque no existiera, no le permitiría que juzgara sus acciones. ¿Quién va a juzgarlo entonces? Pueden hacerlo sus semejantes. Pero, ¿en base a qué normas? ¿Lo harán con ese código hueco al que llaman ley? Ante la pregunta de su hermana: “¿Acaso no lavarás la mitad de tu crimen al aceptar el sufrimiento?”, él reacciona: “¿Mi crimen? ¿Qué crimen?”. Sobre sus semejantes y sus leyes más adelante reflexiona: “¿Por qué mi acción les parece tan vituperable? ¿Porque es un crimen? Mi conciencia está tranquila. Naturalmente, he realizado un acto condenado por el código penal, naturalmente, he violado la letra de la ley y he vertido sangre, bueno, tomad mi cabeza por la letra de la ley y... ¡basta!”<sup>7</sup>.

La ley se le aparece como huera letra. La condena física ni siquiera es importante. Sonia será quien le indique el verdadero camino. Ella logrará con él lo que Aliosha no pudo conseguir con Iván. El encuentro con dios por medio de su conciencia es la vía que le permite a Ráskolnikov redimirse, pagar su crimen convertido en pecado. Poco importan los fríos años de cautiverio que se avecinan. Allí, en prisión, “comienza una nueva historia, la historia de la gradual recuperación de un hombre, de su gradual resurrección, del paso lento de un mundo al otro”<sup>8</sup>. La intersección de estos dos mundos tiene como habitantes arquetípicos a las desoladas criaturas dostoiievskianas. Nosotros sabemos que la conciencia recién despertada del estudiante Ráskolnikov siempre estuvo ahí, sin darle tregua. Desde que manchó con sangre su hacha asesina, inició con su perseguidor un inquietante juego en el cual, sin confesar su crimen, buscó afanosamente su castigo. Pero el calvario quedó quedó atrás. Ráskolnikov ha recuperado su futuro:

Todo, incluso su crimen, incluso la condena y la deportación, le pareció entonces, en aquel primer arrebató, algo externo, raro, como si se tratara de un hecho que no le hubiera ocurrido a él mismo. Por otra parte, aquella noche no podía pensar largo rato en una misma cosa, concentrar el algo su pensamiento, no habría podido resolver nada conscientemente, no

<sup>7</sup> DOSTOIEVSKI. 1982. op. cit. Tomo II, p. 594

<sup>8</sup> DOSTOIEVSKI. 1986. op. cit. p. 601

experimentaba más que sensaciones. La dialéctica había cedido el lugar a la vida, y la conciencia debía elaborar algo completamente distinto<sup>9</sup>.

La conciencia adormecida también tiene su oportunidad de despertar en el interior de Stávroguin, quien, pocas horas antes del su suicidio, nos cantará de plano: “¡yo quiero perdonarme a mí mismo, y ese es mi principal, mi único objetivo..! Este es el motivo de que busque un sufrimiento infinito, lo busco yo mismo...”<sup>10</sup>. El la voz de un hombre a quien la culpa tiene cercado. Su conciencia le reclama un castigo que le permita recuperar la paz. Está solo. Y sabe que del mismo modo que fue artífice de su crimen lo será ahora de su castigo. No tiene vía de escape. Por supuesto que no es dios quien la acecha; es su propia conciencia la que ha comenzado la cuenta del número de sus cabellos.

Stávroguin y Ráskolnikov contestan la pregunta de Iván. Y la respuesta es un rotundo no. No todo está permitido; aún si dios no existiera, en algún lugar de ellos mismos saben qué está bien y qué está mal. Y cuando se apartan del recto camino, sus conciencias no les dan respiro hasta tanto no purguen sus crímenes. Así, Dostoievski nos obsequia con la salvación de dos de sus más bellos personajes mediante el recurso del despertar de la conciencia.

Ellos se convierten en sus propios jueces y verdugos. Ante la duda sobre la existencia de dios, devienen plenamente responsables de sus actos; y la conciencia es tan implacable en su oficio de vigilante como el dios del buen Aliosha. Ambos han tenido su trance de oscuridad, de búsqueda desesperanzada, pero en el peor momento algo surgió dentro de ellos. Han sufrido en demasía; fue ardua la tarea de encontrarse a sí mismos. Finalmente, y a costa de un sufrimiento inhumano en un caso, y de la propia vida en el otro, hallan la vía de purgación de sus crímenes. Quizás la diferencia de ellos con Iván radica en que mientras Ráskolnikov se conforma con creer y Stávroguin desemboca en una profunda afirmación del yo, el mayor de los Karámasov quiere saber. Y parece ser que esta pretensión, la del conocimiento, rebasa al hombre, o al menos al hombre que habita los sinuosos senderos que Dostoievski solía transitar.

Extraña paradoja. Mientras que a Ráskolnikov el despertar de la conciencia le desbroza el camino hacia una nueva vida, a Stávroguin lo arrastra rumbo a la muerte. Ambos han decidido juzgarse. Pero en tanto Ráskolnikov se refugia finalmente en dios, Stávroguin no encuentra sitio donde desprenderse de la pesada carga de su culpa. La libertad hace la diferencia. El alma de

<sup>9</sup> DOSTOIEVSKI. 1982. op. cit. p. 600-601

<sup>10</sup> DOSTOIEVSKI, Fiódor. *Los demonios*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985. p. 897.

los dos ha sido visitada por el fantasma de la culpa. La estrategia que cada uno adopta para batallar contra esa culpa es otra historia.

Otra historia es también el pavor que el mismo Dostoievski no puede disimular cuando mira a Piotr Stepánovich, aquel que sin pudor declama: “mi conducta no ofrece duda, a nadie tengo que rendir cuenta, y doy por concluido el asunto”<sup>11</sup>. Nosotros sabemos que su conducta sí ofrece duda. Su crimen ha sido cuantitativa y cualitativamente mayor que el de Stávroguin. Sin embargo, él no tiene escrúpulos. No le importa que Kirilov cargue con sus faltas. Ha tenido la frialdad de así planearlo sin que su dios ni su conciencia lo atormenten. De ambos se ha liberado. Él no conoce aquel sombrío espacio donde mora el alma de Iván. En su mundo, no hay relación de causalidad alguna entre el bien y el mal que el hombre produce y el gozo o sufrimiento que experimenta. El crimen se convierte entonces en un medio como cualquier otro para alcanzar un fin. El único problema es ocultarlo. Y Piotr Stepánovich puede hacerlo. Él ha cometido un crimen pero, al mirar a su alrededor, como Edipo, juzga que todo está bien. Y eso le basta. Pero no a nosotros, que nos enfrentamos aquí con uno de los personajes menos humanos de Dostoievski. Lo vemos pasar casi sin dejar huella. Su creador lo condenó a la superficialidad, que irremediamente desemboca en el manso mar del olvido. Con él sabemos a qué atenernos, no nos interesa. Dostoievski, padre real, y Stepán Trofimovich, padre ficcional, no pueden dejar de sentir vergüenza por este hijo que no conoce el más humano de los sentimientos: la culpa. Culpa; culpa y mortalidad, quizás las únicas dos propiedades que distinguen a los hombres de los dioses.

No están estas páginas destinadas a trazar un análisis de la obra canónica de Dostoievski sino a abordar un filón de alguno de sus personajes. Ellos nos pertenecen porque su creador supo respetar la vieja recomendación de Flaubert: el novelista debe, como dios, estar en todos sus personajes y, a la vez, en ninguno. Dostoievski se mantiene pudorosamente al margen de sus criaturas, moviendo sigilosamente los largos hilos de suerte que sus manos no las toquen y así no se encarne él en ellas. Sin embargo, fue él quien nos tendió los secretos puentes que nos permitieron atravesar los abisales espacios que separan a los personajes de sus distintas pero hermanadas historias.

---

<sup>11</sup> Ibid. p. 457.

Dostoievski fue una suerte de antropólogos de almas. Él nos ha enseñado sobre moral más de lo que lo hicieron muchos libros escritos bajo ese título. Ernesto Sábato no se equivocaba cuando decía: “En autores como Stendhal, Dostoievski, Shakespeare se encuentran grandes verdades que alimentan a la humanidad. Esas verdades son de una clase totalmente distinta a las que conforman el edificio de la ciencia”.

¿Qué palabras podrían auxiliarnos a la hora de trazar una semblanza de Dostoievski? Quizás podamos recurrir a una anécdota que nos ahorrará cualquier comentario. Cuando comenzó a pensar *Los Hermanos Káramasov*, además de *Los Bandidos* de Schiller en mente, tenía un cuaderno de anotaciones que fue inaugurado con la siguiente frase: “Informarse acerca de si puede uno quedar echado entre raíles, mientras un tren pasa por encima a toda velocidad”. El pensamiento que descubren estas palabras nos da la correcta definición de un novelista y, lo que es más importante, de un hombre. Él, como sus personajes, sabe describir cada minuto de esa inhóspita espera. Porque el tren carece de importancia; como ya Beckett nos enseñó, la espera es lo único que cuenta.

El título que encabeza este apartado lo debemos al enlace de dos sustantivos borgeanamente adjetivados en distintas páginas del cuento *El Inmortal* (1971). Imágenes aproximativas de universos distintos. Eso es lo que Dostoievski nos pone al alcance de la reflexión; pantallazos de los diferentes mundos en los que sus criaturas consumen sus angustias.

## 2 EL CONTROL SOCIAL EN DISTINTOS TIPOS DE SOCIEDADES

Estas páginas iniciales tuvieron como misión introducir, a través de obras literarias del Siglo XIX el lugar que se le otorgaba a las reglas y a la culpa como mecanismo de control social. Las concepciones psicológica, jurídica, filosófica, antropológica, sociológica, política, teológica y ética de la culpa difieren en sus abordajes y también sus perspectivas. Aquí nos ocuparemos de la culpa como una de las formas de control social (muy importante pero no excluyente).

Pero ¿qué es el control social? Entre las muchas definiciones que podemos encontrar, partimos aquí de una amplia, de corte sociológico, que lo entiende como “el conjunto de mecanismos reguladores del orden social, mediante los cuales la sociedad, por una parte, presiona al individuo para adherirse a las normas y, por otra, reprime la manifestación de

conductas desviadas”<sup>12</sup>. Si bien ambas partes están indisolublemente unidas, no pondremos el foco en el control social en tanto represor de conductas desviadas. Este tema, tratado por una abundante bibliografía deudora de una profusa investigación empírica, se ha convertido en el foco de atracción de una intensa labor interdisciplinaria en el ámbito de las ciencias sociales. Nuestra atención se concentrará en los medios a través de los cuales la sociedad “presiona al individuo para adherirse a las normas” en palabras de la definición citada. Dicha presión no necesariamente debe ser percibida por lo individuos y, de hecho, suele ser altamente efectiva cuanto menos perceptible sea. Veamos lo que sostenía Durkheim con respecto a la coactividad ejercida por los hechos sociales:

Estos tipos de conducta o de pensamiento no solamente son exteriores al individuo, sino que están dotados de un poder imperativo y coercitivo en virtud del cual se le imponen, quiera o no quiera. Sin duda, cuando estoy completamente de acuerdo con ellos, esta coacción no se deja sentir o lo hace levemente y por ello es inútil. Pero no deja de ser un carácter intrínseco de estos hechos, y la prueba de ella se afirma desde el momento en que intento resistir (...) Por otra parte, la coacción, aunque sea indirecta, no deja de ser eficaz. Si soy francés no estoy obligado a hablar en francés con mis compatriotas, ni a emplear la moneda francesa legal, pero es imposible que obre de otra manera. Si pretendiese escapar a esta necesidad, mi intento fracasaría miserablemente. Si soy un industrial, nadie me impide trabajar con los procedimientos y métodos del siglo pasado; pero si lo hago, me arruino sin duda alguna. Aunque, en realidad, puedo liberarme de esas reglas y violarlas con éxito, estoy obligado ineludiblemente a luchar contra ellas para conseguirlo. Aunque al final son vencidas, hacen sentir su poderosa coacción por la resistencia que ellas oponen. No hay renovador, incluso afortunado, cuyas empresas no choquen con oposiciones de este género<sup>13</sup>. (1985, p. 38)

50

Los diferentes tipos de organización social desarrollan distintos mecanismos para lograr esto que a primera vista puede parecer casi milagroso: que la mayoría de sus integrantes respeten la mayor parte de las normas que los rigen y además que, en el común de los casos, ni siquiera se sientan socialmente compelidos a hacerlo.

Erich Fromm nos advertía que para que una sociedad funcionara, sus miembros deben adquirir la clase de carácter que le hace experimentar el deseo de actuar en la forma en que deben actuar. Esta vía de aproximación fue abierta por autores ya clásicos que se han movido en la intersección entre la sociología y la psicología social. Entre ellos, además de Fromm, cabe

<sup>12</sup> MORALES NAVARRO, Julián y ABAD MÁRQUEZ, Luis. *Introducción a la sociología*. Madrid: Tecnos, 1988. p. 165.

<sup>13</sup> DURKHEIM, Émile. *Las reglas del método sociológico*. Barcelona: Orbis, 1985. p. 38.

mencionar a Kardiner, Linton, Mead, Benedict y Riesman. Tomaremos de este último la tipología de formas de control que genera para determinar en qué se diferencian los distintos tipos de organización social.

De acuerdo a David Riesman<sup>14</sup>, los distintos tipos de organización social encuentran su clivaje en una variable demográfica. Aquí entendemos que esa variable coincide con otras variables económicas y sociales que han permitido a las ciencias sociales desde hace más de un siglo separar dos tipos de vida social: las comunidades tradicionales y las sociedades modernas, a las que se ha agregado más tarde otro tipo que ha recibido diferentes denominaciones.

Las comunidades se caracterizan por un fuerte apego a las tradiciones de los grupos de pertenencia mientras que los individuos que habitan las sociedades modernas son regidos por un control social preponderantemente ejercido por reglas internalizadas. El quiebre de la modernidad pone en escena otros controles que son más difusos pero trataremos de describir. Por supuesto estamos hablando de tipos ideales y como tales no son descripciones de lo que sucede efectivamente sino que son instrumentos heurísticos que nos permiten comprenderlo.

51

## 2.1 Comunidades tradicionales y sociedades modernas

Son tipos de vida social con un alto grado de estabilidad dado que las generaciones se suceden con mayor rapidez y la cotidianeidad transcurre en pequeños agrupamientos de los que raramente se sale. Esto no quiere decir que no haya cambios, y los hay de modo rotundo, pero en general cada individuo “aprende a manejar la vida mediante la adaptación y no por innovación. Con ciertas excepciones, la conformidad está dada en gran parte por la situación social autoevidente”<sup>15</sup>. Está altamente naturalizado que hay solamente una manera de vivir la vida de acuerdo a una posición social o un lugar en la sociedad; por supuesto hay espacio para las desviaciones legitimadas<sup>16</sup> pero no es lo que abunda. La mayoría de las personas viven de acuerdo a esas prescripciones o al menos aparentemente las cumplen. La legitimación de estas prácticas está dada por una moral férreamente custodiada por la religión. Al decir de Henri

<sup>14</sup> RIESMAN, David. *La muchedumbre solitaria*. Buenos Aires: Paidós, 1971.

<sup>15</sup> *Ibid.* p 11.

<sup>16</sup> Son desviaciones legitimadas, por ejemplo, los márgenes de apreciación que las reglas pueden tener en tanto evasiones institucionalizadas.

Bergson, en estas comunidades “la costumbre es toda la moral; y como la religión prohíbe apartarse de ella, la moral es coextensiva con la religión”<sup>17</sup>.

El individuo típico de una comunidad vive en una zona rural en la cual poca oportunidad tendrá de entrar en contacto con extraños por cuanto desde su niñez conoce a todas las personas con las que se relacionará en el curso de su vida, tiene asignado un oficio, profesión y rango, y su generación mayor habrá tomado decisiones vitales por él. Además, su comunidad le brindará una religión, un universo simbólico y una tradición que le darán sentido a su vida y, consecuentemente, a su muerte. No se necesitan muchas respuestas cuando hay poca posibilidad y estímulo para las preguntas. Berger y Luckmann<sup>18</sup>, al analizar el proceso de socialización en ambientes con una división del trabajo sencilla y una mínima distribución del conocimiento a las que aquí categorizaríamos como tradicionales sostienen:

La identidad se halla sumamente perfilada en el sentido de que representa totalmente la realidad objetiva dentro de la cual está ubicada. Dicho con sencillez, todos en gran medida son lo que se supone que sean. En una sociedad de esa clase las identidades se reconocen con facilidad, tanto objetiva como subjetivamente. Todos saben quién es cada uno y quiénes son los otros. Un caballero es un caballero y un labriego es un labriego, tanto para los otros como para sí mismos. Por consiguiente, no existe problema de identidad. La pregunta: ¿Quién soy yo? no es probable que aparezca en la conciencia, puesto que la respuesta socialmente predeterminada es masivamente real desde el punto de vista subjetivo y queda confirmada consistentemente en toda interacción significativa. Esto de ninguna manera implica que el individuo se sienta satisfecho de su identidad. Probablemente nunca fue agradable ser labriego, por ejemplo. Ser labriego entrañaba problemas de toda clase, subjetivamente reales, urgentes y que distaban mucho de acarrear felicidad; pero no entrañaba el problema de la identidad. Se era un labriego miserable, tal vez hasta rebelde, pero se era un labriego”<sup>19</sup>.

Está claro que los autores no están ensalzando una forma de vida que seguramente es terrible para quienes no se acomodaban a los clivajes y patrones imperantes y también para quienes lo hacen sintiendo el peso de no haber tomado decisión alguna. La naturalización de ese mundo de la vida hace que las acciones se acomoden a las prescripciones sociales sin que la mayoría perciba la distancia entre unas y otras. Como sostiene Stevenson en una de sus novelas, en un ámbito como este, lo caprichoso -que es lo mismo que decir lo novedoso- es

<sup>17</sup> BERGSON, Henri. *Les deux sources de la morale et de la religion*. Paris: GF, 1932.. p. 128.

<sup>18</sup> BERGER, Peter y Luckmann, Thomas. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.

<sup>19</sup> Ibid. 205-206.

tachado de inmodestia, artificio vano<sup>20</sup>. Veamos ahora cómo describe Riesman los principales rasgos de la sociedad moderna:

Tal sociedad está caracterizada por una mayor movilidad personal, una rápida acumulación de capital (acompañada de devastadores cambios tecnológicos), y una expansión casi constante: expansión intensiva en la producción de bienes y seres humanos, y expansión extensiva en la explotación, colonización e imperialismo. Las mayores posibilidades de elección que esta sociedad proporciona -y la mayor iniciativa que exige con el fin de tratar problemas siempre nuevos- son manejados por tipos caracterológicos que pueden vivir socialmente sin una dirección tradicional estricta y autoevidente<sup>21</sup>.

En estas sociedades se produce el fenómeno al cual Parsons llama “institucionalización del cambio”. Mientras que en las comunidades tradicionales lo nuevo es disvalioso porque solamente se valora positivamente aquello que tiene un arraigo duradero, en las sociedades modernas el cambio está previsto en las mismas reglas sociales. El conocimiento científico, fuente de legitimidad de la vida social, se presenta como perfectible y en continua mudanza. El proceso de socialización ya no se da por completo en grupos primarios duraderos sino que se van delegando cada vez más funciones en instituciones especializadas. Ya no se prescriben pues comportamientos determinados sino formas de elegirlo. Las acciones predominantemente tradicionales, justificadas por su apego a la tradición son paulatinamente desplazadas por acciones racionales, en el sentido weberiano de razón instrumental, es decir, una razón que - una vez determinado un fin- selecciona los medios más adecuados para lograrlo.

Los fines están prescriptos socialmente. Merton desarrolló una teoría en base a las meta común media que una sociedad capitalista fija, que es el éxito económico y las diversas formas de desviación que surgen, ya porque esa meta no es aceptada por un individuo o porque se eligen otros medios para lograr el éxito.

## 2.2 Los tipos de control de comunidades y sociedades

Las comunidades, en las que prevalecen las relaciones cara a cara y la estabilidad de los grupos en que los individuos desarrollan toda su vida, presentan una prevalencia de un control

<sup>20</sup> STEVENSON, Robert Louis. *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1982. p. 1082.

<sup>21</sup> RIESMAN. op. cit. p. 29.

externo, marcado por lo que solemos denominar vergüenza. La vergüenza se siente ante los otros, aquellos que nos conocen y a los cuales pareciera que es poco lo que podemos ocultarles. Desde luego estamos hablando de prevalencias de tipologías. En cualquier tipo de vida social la vergüenza es una forma de control y no solamente se siente con respecto a personas que conocemos; es más, solemos avergonzarnos de hechos sobre los que no hemos tenido capacidad de decisión alguna y ocurren en ámbitos en que reina el anonimato. La vergüenza es pues un sentimiento universal (o al menos propio de los tipos de sociedad que conocemos) pero que podemos establecer como control prevalente en las comunidades.

A esa vergüenza vivida como incomodidad por desviarse de las reglas establecidas se refería Stendhal al observar la vida en un pequeño poblado francés de principios del Siglo XIX desde la óptica de un burgués parisino:

Para llegar a conseguir la consideración pública en Verrières, lo esencial es no adoptar -aunque se construyan muchos muros- ninguno de los planos que traen de Italia los albañiles que, cuando llega la primavera, atraviesan las gargantas del Jura para ir a París. Una innovación semejante le valdría al imprudente constructor fama de “mala cabeza” y estaría perdido para siempre en la opinión de las gentes formales y moderadas que distribuyen la consideración en el Franco-Condado... El hecho es que distintas gentes formales ejercen el más aburrido despotismo. Por culpa de esa fea palabra la estancia en las pequeñas ciudades se hace insostenible para el que ha vivido en esa gran república que llamamos París”<sup>22</sup>.

54

En las sociedades, los grupos primarios no tienen la misma persistencia a lo largo de toda la vida (vida que, por otro lado, suele prolongarse) y no sería efectivo un control ejercido en forma prioritaria por los otros que nos rodean. Por eso, se ha juzgado que el pasaje de las comunidades a las sociedades, de la vida rural a la urbana que conlleva, es también el momento en que las reglas sociales deben ser internalizadas. A esa internalización se la puede denominar culpa. Robinson Crusoe tal vez sea el personaje que mejor ilustra esa internalización. Como lo señalaba Borges: “Run away to sea, huir al mar, es la rotura inglesa tradicional de la autoridad de los padres, la iniciación heroica”<sup>23</sup>. Este quiebre con la tradición nos muestra, sin embargo, a un Robinson que sigue comportándose en su isla desértica con el mismo código que lo guiaba en su York natal. Y se lamenta amargamente por haber desoído los consejos paternos. Sin padre

<sup>22</sup> STENDHAL. *Rojo y negro*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1982. p. 10.

<sup>23</sup> BORGES, Jorge Luis. “El impostor inverosímil Tom Castro”, en *Historia universal de la infamia*. Buenos Aires: Emecé, 1954.p. 31.

y sin dios, muestra en qué medida ha internalizado las pautas recibidas. Y ya que de naufragos hablamos, vienen a nuestra presencia los muchachos de El Señor de las Moscas. Uno de ellos, que más adelante se convertiría en el verdugo del jefe de turno, así sentía que su conducta era controlada:

Roger reunió un puñado de piedras y empezó a arrojarlas. Pero respetó un espacio, alrededor de Henry, de unos cinco metros de diámetro. Dentro de aquel círculo, de manera invisible pero con firme fuerza, regía el tabú de su antigua existencia. Alrededor del niño en cuclillas aleteaba la protección de los padres y el colegio, de la policía y la ley. El brazo de Roger estaba condicionado por una civilización que no sabía nada de él y estaba en ruinas.”

Culpa y vergüenza pertenecen, cada una a su manera, a dos tipos distintos de control social que se alternan en la preeminencia y la residualidad en distintos tipos de organización social. Quizás los dos juntos formen esa inexpugnable muralla de la que Horacio hablaba: “No tener de qué avergonzarse y vivir libre de culpa; he aquí la muralla de bronce que ha de defendernos”

### 3 A MODO DE CIERRE: EL CONTROL EN LAS SOCIEDADES ACTUALES

Si bien los tipos de comunidad y sociedad han sido cuidadosamente contruidos por las ciencias sociales, huelga decir que la configuración de las sociedades actuales está en disputa permanente. Más allá del quiebre o continuidad de la modernidad como proceso, está claro que las relaciones sociales han sufrido cambios profundos que en gran parte fueron anticipados -no en sus detalles porque el ritmo del cambio tecnológico era impredecible pero sí en general- por teorías hoy desechadas. Refiriéndose al tipo de control prevalente en las sociedades de modernidad tardía, decía Riesman hace ya varias décadas:

Lo que es común a todos los individuos dirigidos por los otros es que sus contemporáneos constituyen la fuente de dirección para el individuo, sea los que conoce o aquellos con quienes tiene una relación indirecta, a través de amigos o de los medios masivos de comunicación. Tal fuente es, desde luego, “internalizada”, en el sentido de que la dependencia con respecto a ella para una orientación en la vida se implanta temprano. Las metas hacia las cuales tiende la persona dirigida por otros varían según esa orientación: lo único que permanece inalterable durante toda la vida

es el proceso de tender hacia ellas y el de prestar profunda atención a las señales procedentes de los otros<sup>24</sup>.

No cuesta mucho hacer extensivo a las redes sociales lo expresado sobre los medios de comunicación. Norman Mailer, al describir en una de sus novelas el encuentro entre dos personajes que Riesman consideraría “dirigidos por los otros” dice que intercambiaron “unos saludos medidos, de radar a radar”. Esta suerte de ajenidad próxima (el oxímoron es aquí intencionado) ha sido descrita con gran sutileza en la concepción de la extranjería existencial de Camus. El extranjero sabe que “uno acaba por acostumbrarse a todo”. Riesman atribuía a esta dirección por los otros que ya no son el grupo primario y la comunidad en que se desarrollan las relaciones cara a cara, un carácter definido por la “ansiedad difusa”. La ansiedad de no saber nunca si se está atendiendo a las señales del radar correcto o si el propio equipamiento de radar funciona adecuadamente<sup>25</sup>.

Mientras la culpa y la vergüenza, asentadas en las tradiciones legitimadas por un supuesto orden divino externo o internalizado, siguen siendo formas de control efectivas en las sociedades actuales, aparecen otros tipos de control a los que se ha denominado débiles porque acaso están más naturalizados que todos los demás. El mundo de la vida se percibe como autoevidente y el control no parece tener un centro definido. La angustia seguramente acompaña al ser humano desde el comienzo de sus tiempos pero en la actualidad se hace cada vez más punzante, acaso en la misma medida en que se difumina en los múltiples centros de los que emergen las señales a las que los individuos sentimos que debemos adecuarnos.

Este trabajo tuvo como objetivo anudar una tipología de las formas de vida social bien conocida con otra de las formas de control social. Si bien no nos ocupamos de las teorías que en el último cambio de siglo y lo que va del actual han procurado definir ambos extremos, entendemos que siempre es bueno volver sobre las huellas, algunas muy marcadas y otras ocultas, que han dejado quienes han teorizado sobre las formas de vida social pasadas y han elaborado hipótesis acerca del impacto del cambio social sobre las maneras en que somos controlados.

---

<sup>24</sup> Riesman, op. cit. p. 37

<sup>25</sup> Ibid. p. 90

## REFERENCIAS

- BERGER, Peter y Luckmann, Thomas. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- BERGSON, Henri. *Les deux sources de la morale et de la religion*. Paris: GF, 1932.
- BORGES, Jorge Luis. “El impostor inverosímil Tom Castro”, en *Historia universal de la infamia*. Buenos Aires: Emecé, 1954.
- BORGES, Jorge Luis. “El inmortal”, en *El Aleph*. Madrid: Alianza-Emecé, 1971
- DEFOE, Daniel. *Robinson Crusoe*. Estella, Navarra: Salvat, 1970.
- DOSTOEVSKI, Fiódor. *Crimen y castigo*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1982.
- DOSTOEVSKI, Fiódor. *Los demonios*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985.
- DOSTOEVSKI, Fiódor. *Los hermanos Karámasov*. México; Porrúa, 1986.
- DURKHEIM, Émile. *Las reglas del método sociológico*. Barcelona: Orbis, 1985.
- GOLDING, William. *El señor de las moscas*. Buenos Aires: Alianza, 1992.
- MERTON, Robert. *Teoría y estructura sociales*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- MORALES NAVARRO, Julián y ABAD MÁRQUEZ, Luis. *Introducción a la sociología*. Madrid: Tecnos, 1988.
- RIESMAN, David. *La muchedumbre solitaria*. Buenos Aires: Paidós, 1971.
- SÁBATO, Ernesto. *Reportaje*. Diario La Nación, 29/12/1991.
- STENDHAL. *Rojo y negro*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1982.
- STEVENSON, Robert Louis. *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1982.

Seção de Autores Convidados

Submissão: 01/12/2022

Aceito para Publicação: 30/12/2022

DOI: 10.22456/2317-8558.129223